

Temas varios del Pacífico

Un oso en el jardín: Marcos teóricos para estudiar a la China actual

DOI: 10.32870/mycp.v10i30.294

Alejandro Pescador*

Shaun Breslin, autor de *China and the Global Political Economy* (2007),¹ imparte cátedra de política internacional en la Universidad de Warwick, Reino Unido, y es profesor asociado en el Centro de Estudios Asiáticos de la Universidad Murdoch en Australia. En este nuevo libro se plantea la importancia de aplicar un marco teórico multifacético que permita llevar a cabo un análisis pertinente del rumbo que ha tomado el proceso de reforma y apertura en China, con todas sus contradicciones internas y sus efectos en el ámbito internacional, pues siempre se corre el riesgo de caricaturizar a China

mediante simplificaciones en pro o en contra. Además de la introducción y las conclusiones, el libro tiene seis capítulos, a saber: “Para estudiar a China en la era de la globalización”, “La transición a partir del socialismo: ¿un compromiso socialista arraigado?”, “La reinserción en la economía global”, “Más allá del bilateralismo: lo que las estadísticas no nos dicen”, “Maneras de interpretar el ‘poder’ chino en la economía política global”, y “El contexto interno: ¿tensiones en el tejido social?”

Para Breslin, el “atractivo” principal de China reside en su éxito económico y en su falta de democracia, una combinación que despierta interés en algunos países en desarrollo con escasas inclinaciones democráticas. El “nacionalismo hiperactivo” de China y su perspectiva de convertirse en la mayor economía del siglo XXI favorecen un creciente sentimiento antiestadounidense, sobre todo en algunos países en desarrollo. A su vez, en los países desarrollados el ascenso de China deja sentir sus beneficios entre los consumidores y sobre todo en las empresas locales que importan productos chinos y medran con amplios márgenes de

* Egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México, del Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos y de El Colegio de México, obtuvo su diploma de estudios de chino en la Universidad de Lenguas y Cultura de Beijing. En los últimos años ha publicado trabajos sobre China en las revistas *Política Exterior* de la Secretaría de Relaciones Exteriores, *México y la Cuenca del Pacífico* de la Universidad de Guadalajara y en *Xiandai Guoji Guanxi*, la revista del Instituto de Relaciones Internacionales Contemporáneas de China. Desde el año 2000 vive en Beijing.

ganancia. El éxito económico derivado del proceso de reforma ha llevado a interpretar a China por medio de una “exageración persistente”, que no deja ver la complejidad de un país tan grande desde hace tres décadas inmerso en profundos cambios económicos y sociales. Existe, por un lado, una reducción palpable de la pobreza (se aplica con éxito un programa de privatizaciones propuesto por la Corporación Financiera Internacional, una de las instituciones del Banco Mundial) y al mismo tiempo una polarización del desarrollo económico en la zona costera del país en detrimento del interior. Desde el punto de vista político quedan pendientes tareas de reforma y apertura hasta ahora no planteadas, al tiempo que el Partido Comunista Chino (PCC) consolida una dirigencia que toma sus decisiones de manera colegiada.

Para entender mejor a China, Breslin sugiere que se la estudie por regiones, sin perder de vista aspectos como el desequilibrio de género, pues hay distritos donde los varones de esta generación ya no tienen oportunidad de encontrar mujeres núbiles. Desde el punto de vista de los datos económicos, habría que sopesar la confiabilidad de las estadísticas chinas:

El poblado engaña al distrito y el distrito engaña al municipio, de un engaño se pasó a otro engaño en la escala jerárquica. Los funcionarios crean estadísticas y las estadísticas permiten a los funcionarios hacer carrera (p. 10).

A pesar de todo se advierte una tendencia paulatina al mejoramiento de las estadísticas económicas. Para procesar esta información y tomar en cuenta otros parámetros importantes de la realidad china, como pueden ser la corrupción atávica, las crecientes protestas sociales, la magnitud de la cartera vencida o el hipernacionalismo chino de nuevo cuño —cuyos exabruptos al

parecer preocupan por momentos al PCC—, Breslin sugiere que en vez de adoptar un solo enfoque teórico se procure una combinación ecléctica de métodos de análisis. El libro insiste por ejemplo en que

China no puede estudiarse como una unidad coherente, pues los controles y estímulos a disposición de las autoridades locales determinan en buena medida el comportamiento económico de un municipio, una ciudad o una provincia.

Esta dinámica tiene su contrapartida en la vinculación de los intereses locales con el proceso de globalización y la consiguiente influencia externa en las políticas estatales. Los inversionistas de Hong Kong y Taiwán, por ejemplo, participan de alguna manera en el proceso de decisión de las autoridades provinciales y locales por medio del sistema de *guanxi*, el capital social que representa una red de conexiones con la nomenclatura.

Desde el punto de vista político, el proceso de reforma y apertura ha implicado un repliegue del PCC en muchos aspectos de la actividad económica y de la transformación social. Sin embargo, esto en modo alguno representa el ocaso de los comunistas chinos. Ese repliegue más bien ha exacerbado el “regionalismo económico”, marcado por el proteccionismo de sectores ineficientes, la ausencia de racionalidad en la asignación de recursos y las barreras para formar economías de escala, todo lo cual comienza a minar la competitividad de China en el terreno internacional. El PCC además se ha transformado en un organismo que ha dejado de proclamarse la vanguardia del proletariado. A partir de 2002, al adoptarse el principio de la triple representatividad, el Partido abrió sus puertas a la clase empresarial y a las clases medias surgidas del proceso de reforma y apertura, pero su transformación es re-

lativa pues la paulatina democratización interna (más candidatos para un puesto) no busca en modo alguno extrapolarse a un sistema multipartidista. El PCC tiene bajo su control a la sociedad civil, lo mismo que al mercado bursátil y, para el caso, a los medios de comunicación. En esta dinámica de coincidencia de intereses políticos y económicos se ha producido en China una coalescencia de las élites política y económica. No debe sorprender por eso que sean “los nuevos empresarios” quienes tienen el índice más alto de afiliación al Partido.

Se sabe que los cambios iniciados por Deng Xiaoping en 1978 permitieron la reinsertión cautelosa de China en la economía global y durante este proceso generaron una lógica nueva, nuevos intereses y relaciones de poder que han evolucionado desde entonces. El proceso de reforma y apertura podría verse a través de una sucesión de etapas: 1978-1986, apertura de algunas zonas del país a la economía global; 1986-1992, una nueva serie de medidas para atraer la inversión extranjera, incluida la posibilidad, si bien limitada, para repatriar utilidades; 1992-1999, expansión de las reformas, traducida en un creciente superávit de la balanza comercial; de 1999 en adelante, con el ingreso de China a la Organización Mundial de Comercio (OMC), luego de amargas negociaciones con varios países se estableció el compromiso de China con el sistema mundial de comercio, con lo cual la reforma aseguró que al interior del PCC finalmente todas las facciones en-

tendieron que no había otro camino para la modernización económica.

Estas políticas han generado una serie de cambios en China cuya influencia creciente es palpable en la economía global. Sin embargo las imágenes de esta influencia, lo mismo que sus contradicciones, dependen del marco teórico que apliquen los analistas de la realidad china. Breslin resuelve este problema al dar cabida, con generosidad académica, a visiones contra-

China no puede estudiarse como una unidad coherente, pues los controles y estímulos a disposición de las autoridades locales determinan en buena medida el comportamiento económico de un municipio, una ciudad o una provincia

dictorias de China, lo que facilita entender lo que pasa en el país. Si por un lado una buena relación con las instancias políticas es fundamental para hacer negocios en China, por otro la necesidad de inversiones extranjeras apunta a una debilidad de la economía china. A la percepción occidental de que China es una gran oportunidad para hacer negocios, se opone la existencia de barreras a la repatriación de utilidades de las empresas extranjeras

por las limitaciones de los mecanismos de control de cambios. La afirmación de que China opera como “motor del crecimiento” en Asia del Este debe complementarse con el hecho de que el motor de China depende del exterior: la inversión extranjera en China y el consumo de productos chinos se encuentran vinculados a Estados Unidos, Europa y Japón. Y más aún: el clima favorable para atraer inversión extranjera directa, del que se benefician en primer lugar los actores estatales de la economía china, se da a expensas de otras economías regionales. Empresas de Japón y Corea del Sur, por ejemplo, han trasladado segmen-

tos importantes de su producción a China, con la consecuente pérdida de empleos en esos países. En el caso del déficit comercial de México con China, ya un verdadero estudio de caso, el problema se exagera por la avidez de algunas empresas mexicanas, renuentes a invertir en desarrollo de tecnología local y carentes de una visión de futuro, pero proclives a importar productos chinos para revender en el mercado local.

En todo caso la doble transformación de China —de economía rural a economía industrial y de economía socialista a una de cuasi mercado—, además de sus éxitos palpables también ha generado un conjunto de contradicciones cuya solución no se encontrará en el corto plazo: deterioro del medio ambiente, producción ineficiente, derroche de energía y agua —puntos débiles de la economía china—, migración de la pobreza del campo a la ciudad, disparidad abismal en la distribución del ingreso, corrupción institucionalizada y pérdida de valores confucianos. A estas dificultades se añaden las protestas sociales por corrupción o abuso de autoridad en zonas rurales y excepcionalmente en zonas urbanas, pues la clase media, beneficiaria del Estado, no favorece el cambio, al contrario: se erige en uno sus principales obstáculos. La dirigencia tiene claro que la inserción en la economía global ha generado un tipo de estratificación social que no se conocía desde 1949 y que una sociedad cada vez más polarizada es un reto para mantener la legitimidad del Partido Comunista Chino. Se quiere evitar a toda costa la “latinoamericanización” (*lamei hua*) de China, entendida como la extrema polarización del ingreso con grandes anillos de pobreza en las principales zonas urbanas de la región.

Según T. Hout y J. Lebreton,² citados por Breslin, a pesar de sus avances en el

proceso de industrialización, la economía china no muestra signos de un salto cualitativo:

A diferencia del Japón de hace una generación, que reinventó el proceso de manufactura a través de la calidad y el mejoramiento constante, China desmantela esa invención al hacer a un lado el capital y reintroducir el manejo manual de la producción (p. 187).

No puede negarse que algunas empresas extranjeras sí transfieren nuevas tecnologías a China y esto ha desatado una feroz competencia, con tintes de regionalismo, entre los numerosos polígonos industriales de las zonas costeras. Esas inversiones extranjeras dan oportunidad de empleo a la mano de obra redundante en las zonas rurales, pero en condiciones de pronunciada explotación. Es cierto que China invierte en educación y capacitación, infraestructura y reconversión industrial, según los requerimientos de los inversionistas extranjeros, pero hasta ahora todo ese esfuerzo no es suficiente para que China pase a niveles superiores de la cadena de la oferta con productos de alta tecnología o de alto valor agregado.

Pero no hay que exagerar. En el caso de los países vecinos de China, debido a la cercanía y facilidades logísticas se está generando una integración económica con una derrama de beneficios importantes. No obstante, esta estrategia difícilmente sería viable para el caso de América Latina, donde las empresas chinas comienzan a desplazar a algunos sectores de la producción local y donde recientemente se ha advertido una propensión a utilizar criterios políticos para beneficiar los intercambios con determinados países que han salido de la órbita de Taiwán.

Breslin concluye su nutrido ensayo con la observación de que las disparida-

des de la sociedad china son el principal reto para que el PCC se mantenga en el poder. El acuerdo de las élites política y económica en China para aliarse con los inversionistas extranjeros para promover su proyecto neoliberal, basado en un régimen autoritario, tomará todas las medidas a su alcance para preservar la estabilidad social al constituirse en un “autoritarismo para el desarrollo”:

[El] neoliberalismo, en verdad, se apoya en la fortaleza de las políticas y economías nacionales y transnacionales, y depende de una teoría y un discurso de formalismo económico para establecer su propio discurso hegemónico. Como tal, su carácter “extrapolítico” y antiestatal depende en última instancia de sus vínculos inherentes con el Estado. Es decir, en ausencia de esa premisa políticas/Estado, el neoliberalismo sería incapaz de ocultar el desempleo, el deterioro de la seguridad social y la creciente disparidad en el ingreso entre ricos y pobres al valerse del ardid del “periodo de transición”.³

Susan L. Shirk, ex Secretaria de Estado Asistente para Relaciones de Estados Unidos con China, Directora del Instituto de Conflictos y Cooperación Globales de la Universidad de California y profesora de Estudios de Posgrado de la Escuela de Relaciones Internacionales y Estudios del Pacífico de la Universidad de California, campus San Diego, ha dedicado más de 30 años de su actividad como funcionaria y académica a los asuntos chinos. Su más reciente libro, *China: Fragile Superpower* (2007),⁴ se enfoca sobre todo en cuestiones políticas y económicas internas de China. El volumen se compone de los capítulos siguientes: “Fuerte en el exterior y débil por dentro”, “El milagro económico chino”, “Amenazas internas”, “La caja de resonancia del nacionalismo: los medios e Internet”, “La potencia responsable, Japón: Cuando el pueblo chino se enfada, siempre hay problemas”, “Taiwán: Una cuestión de

supervivencia para el régimen”, “Estados Unidos: Los problemas externos pueden convertirse en problemas internos”, “La debilidad china es un peligro para Estados Unidos”.

En un eco de Tucídides y su *Guerra del Peloponeso*, Shirk observa que buena parte de las reacciones de China se derivan del miedo: miedo a la inestabilidad social, a la democracia como la imagen más expresiva del caos, a perder prestigio (*diu mianzi*), a la guerra. Las lecciones de Tiananmen han servido a la dirigencia china, asegura Shirk, para evitar las escisiones en público de la dirigencia, para desactivar las protestas masivas de diversos sectores de la población, sobre todo de residentes en zonas rurales, y para mantener al Ejército Popular de Liberación bajo la égida del PCC. Sobre estas bases el liderazgo de Hu Jintao se ha fortalecido en apenas un quinquenio —algo que en ese lapso no logró su predecesor, Jiang Zemin— sobre la base teórica de “una sociedad armoniosa” y de “una concepción científica del desarrollo”, es decir de una estrategia que busca paliar las disparidades sociales y corregir los excesos del desarrollo desordenado, pero que en principio también trataría de proteger el medio ambiente y explotar los recursos naturales de un modo más racional. En el fondo, esta estrategia busca un desarrollo sustentable capaz de brindar oportunidades de mejoramiento social a la población, base fundamental de la legitimidad del PCC en el periodo de reforma y apertura. Sin embargo, el miedo a la inestabilidad social podría desembocar en una dirigencia “aislada, paranoica y reactiva” (p. 54). Hechos tan simples como la elección de la cantante adolescente más popular de China (*Supergirl*) mediante mensajes vía teléfono celular a una estación de televisión provocaron una reunión específica del

Comité Permanente del Buró Político del Comité Central, preocupado porque el fantasma de la democracia electrónica parecía recorrer China. Li Yuchun, la bellísima ganadora, nunca ha entendido el porqué de la aversión que le dispensa el Partido.

Un aspecto revelador de *China: Fragile Superpower* se encuentra en el análisis psicológico de los líderes chinos. Esta faceta explica en buena medida la reacción de la cúpula gobernante ante algunos de los acontecimientos de estos últimos años y de su control social o “administración social”, como dice el lenguaje oficial. Así por ejemplo el método para desarticular protestas sociales masivas en zonas rurales se inicia a partir de una supuesta simpatía por las causas de los disconformes y se suma luego a la denuncia por incompetencia de las autoridades locales. Pasada esta etapa se procede de manera discreta pero contundente a detener a los líderes del movimiento y luego se toman medidas tanto de estímulo como de advertencia para que no vuelvan a generarse las protestas en determinado lugar, explica Shirk. Aunque por más sutiles que puedan ser los recursos del aparato represivo, estas políticas no dejan de confirmar la fórmula: “a mayor inseguridad de un régimen, mayor represión” (p. 256).

Otra vertiente que a menudo pasan por alto los analistas se refiere a que el creciente presupuesto militar de China tiene propósitos internos muy precisos: la dirigencia civil busca dotar a la élite militar de recursos para mantener tranquilos y satisfechos a los generales (p. 73). Sin embargo, con esta acumulación de poderío militar se corre el riesgo de llegar a posiciones extremas en el caso de una crisis, tomando en cuenta que los medios —todos bajo control oficial— insisten en presentar a China en su papel de víctima de las in-

vasiones y humillaciones del extranjero, sobre todo en el recuerdo de las atrocidades japonesas durante la Segunda Guerra Mundial. El poder del Departamento de Propaganda del Comité Central es superior con creces al de cualquier ministerio del Consejo de Estado; su capacidad para manejar “la opinión pública” alimenta un nacionalismo excesivo que preocupa al PCC, pues si se sale de control puede provocar una crisis internacional o bien encontrar objetivos internos para descargar su ira. En este ámbito, por ejemplo, el manejo de los medios chinos sobre los abusos en la prisión de Abu Ghraib en Iraq resultó mucho más explícito que en Occidente, pues los periódicos publicaron fotografías de escenas que fueron censuradas en Estados Unidos. El propósito era mostrar a la población la pérdida total de calidad moral de Washington, uno de los villanos favoritos de los medios chinos. Resulta tan importante explorar a la opinión pública en China, que funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores viajan a provincias para ofrecer sesiones informativas de decisiones de Beijing en materia de política exterior, pero al mismo tiempo para palpar las reacciones de la población ante ciertos asuntos internacionales que afectan de algún modo a China. En cuanto a Estados Unidos en particular, los medios chinos insisten en marcar las diferencias entre los dos países y en resaltar que el lugar que ahora China ocupa en el mundo se ha vuelto inexpugnable para cualquier intento de menoscabar su prestigio. Sin embargo, poco o nada se habla en las publicaciones académicas chinas de la simbiosis China-Estados Unidos en el terreno económico y de la visión de conveniencia mutua en una vasta gama de intereses globales.

Pese a todo Japón sigue siendo el blanco favorito de los medios de comunicación

y de las escuelas de educación básica por la memoria viva de la invasión japonesa que se produjo en la víspera de la Segunda Guerra Mundial y durante ésta. En abril de 2005, luego de que Japón había anunciado su intención de lograr un sitio permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, quedó claro que no sólo el recuerdo trágico de la invasión japonesa mantiene vivos los agravios: ahora quedaba al desnudo que China se ha erigido en la potencia regional y que no admitirá que se le dispute esa primacía, mucho menos tratándose de Japón. Las manifestaciones multitudinarias de estudiantes universitarios en Beijing en esos días —movilizados con autobuses de pasajeros que nadie explica de dónde salieron— desembocaron en ataques lapidarios contra la Embajada y la residencia de Japón en la capital china. Las protestas de otros jóvenes en ciudades chinas alarmaron a las altas autoridades chinas, al grado que se suspendieron las protestas “espontáneas” de los estudiantes y se pidió calma a la población. Hubo además signos de que las protestas anti-japonesas podían salirse de control: en la ciudad de Shenzhen, muy cercana a Hong Kong, trabajadores de una planta ensambladora de capital japonés cometieron el error de declararse en huelga para pedir aumento de salarios. Las autoridades chinas intervinieron de inmediato para evitar una reacción en cadena que hubiera podido afectar a otras empresas locales.

En el ámbito multilateral China mantiene una gran actividad prácticamente en todos los organismos y agencias de las Naciones Unidas. En el ámbito regional China cuenta con esquemas que ofrecen resultados tangibles en el corto plazo en aspectos como el comercio, la inversión y la seguridad. Ejemplos de ello son el grupo de la Asociación de Naciones del Sureste

Asiático (ANSEA) + 3 (China, Corea y Japón); la Organización de Cooperación de Shangai (China, Kazajstán, Kirguistán, Rusia, Tayikistán y Uzbekistán); con los grandes países en desarrollo China participa en el Grupo de los 5 o G5 (Brasil, China, India, México y Sudáfrica), el cual sirve de puente para el diálogo con los países desarrollados; pero sobre todo sobresalen las llamadas Pláticas de las 6 Partes (China, Corea del Norte, Corea del Sur, Estados Unidos, Japón y Rusia), que han llevado a la diplomacia china a contar con un nuevo papel en negociaciones de carácter global al alimón con Estados Unidos.

En cuanto a los principales retos que China enfrenta para su futuro, Shirk piensa que son todos de carácter interno, incluido Taiwán. La cuestión de Taiwán no se refiere a la seguridad de China sino a la del régimen político chino. El Partido Comunista Chino se ha encargado de insistir en que la reunificación de la patria es una tarea prioritaria y que esa pequeña isla debe volver a ser parte integral de China. La cuestión de Taiwán, apunta Shirk, más bien parece servir al régimen para movilizar a la población y restar ánimos para otros tipos de participación social. El mayor riesgo parece referirse a una crisis económica interna que provoque la falta de crecimiento y por lo tanto de oportunidades para la población. En estas circunstancias algunos elementos del régimen podrían buscar una salida en una crisis internacional artificial: “Lo más factible, no obstante, sería que durante una crisis los líderes profieran amenazas de las cuales no van a poder retractarse por miedo a aparecer débiles ante la audiencia interna” (p. 256).

En sus conclusiones Shirk observa que la política exterior china se origina en las fragilidades internas del país, en sus miedos. Por un lado, China trata de mostrarse

como una potencia responsable con el fin de evitar una reacción en contra que correría el riesgo de desestabilizarla y de arruinar el avance de su crecimiento económico, lo que pondría en la calle a millones de trabajadores desempleados y desencadenaría protestas en las ciudades y en el campo. Por otro, las reacciones viscerales del régimen en temas como Japón, Taiwán y Estados Unidos se han articulado como una forma de no perder prestigio y mostrar la capacidad, incluso militar, de que China estaría dispuesta a llevar sus posiciones hasta las últimas consecuencias, con resultados desastrosos para todo el mundo. Por eso al tratar con China, incluso en temas como sus agresivas políticas comer-

ciales, habría que buscar las fórmulas de la conciliación, pero con estricto apego al principio de beneficio mutuo, y evitar provocar reacciones emocionales, que siempre terminan por vulnerar cualquier intento constructivo. [m](#)

Notas

1. Hamshire, Inglaterra: Palgrave/MacMillan.
2. "The Real Contest between America and China", *Asian Wall Street Journal*, 16 de septiembre de 2003.
3. Wang Hui (2004) "The Year 1989 and the Historical Roots of Neoliberalism in China", *Positions: East Asia Cultures Critique*, vol. 12, núm. 1, pp. 7-70 (citado por Breslin, pp. 201-202).
4. Nueva York: Oxford University Press.